

das, y muy bien, el estado y el tratamiento del enfermo; en la parte alta se ponen los signos que señalan los alimentos que debe tomar; abajo los otros signos, por ejemplo, si ha de recibir el sagrado viático, si ya ha recibido la Extrema-Uncion, etc.

Se distribuye el alimento de las siete á las nueve de la mañana, y de dos y media á cinco y media de la tarde, segun las estaciones. Por una de esas atenciones delicadas, de que solo es capaz la caridad cristiana, se toca el órgano tres veces por semana durante la comida de los enfermos. El domingo presenta el hospital un espectáculo muy diferente: vereis llegar por todas las calles que desde el «Trastevere» ó del centro de la ciudad conduce al Espíritu Santo, numerosas cofradías que vienen á prodigar á los enfermos sus caritativos servicios: ésta trae dulces, la otra hace las camas, una tercera rasura á los enfermos y les da las bebidas, etc. De todos estos cuidados ¿qué resulta? Que la cifra anual de la mortalidad es de 9 ó 10 por 100; mortalidad muy débil en un hospital tan vasto, y cifra que ella sola forma el más bello elogio del establecimiento. 1

Hé ahí lo que hay en cuanto al cuerpo; pero el alma! el alma, tan frecuentemente despreciada en los hospicios de otras naciones, y cuyo precio conoce Roma, se ve rodeada aquí de cuidados admirables. Doce capellanes habitan el hospital; noche y día están al servicio de los enfermos, y por las mañanas celebran la misa en las diferentes salas, administran los Sacramentos y asisten á los moribundos. Además, con el fin de procurar á los enfermos todas las oportunidades de cumplir con su deber, cada orden religiosa residente en Roma debe, segun las prescripciones de Clemente IX, mandar una vez por mes á dos de sus miembros á oír las confesiones;

1 *Instit. de Bienf.*, 46.

su permanencia debe ser de cinco horas por lo ménos. Muchas veces al día atraviesa un sacerdote las salas, y deteniéndose en el centro de cada una, pronuncia en alta voz un buen pensamiento, una santa máxima capaz de consolar á los enfermos ó de causarles remordimientos por sus faltas. Como se recibe en el Espíritu Santo á toda clase de personas, sin distincion de religion, muchos sacerdotes, así seculares como regulares, van allí voluntariamente, ya sea para atraer á la fe católica á aquellas que desgraciadamente no la profesan, ya para confesar, instruir y consolar á los enfermos. Piadosos legos van tambien allí, sobre todo el domingo, á ejecutar las diferentes obras de la misericordia espiritual. 1 Recorriendo aquellas vastas salas, se cree ver en cada puerta, cerca de cada lecho del dolor, á San Camilo de Lelis, á aquel ilustre habitante del hospital del Espíritu Santo, que durante muchos años, pasó las noches y los días á la cabecera de los moribundos. Yo no diré nada de él en este momento, más tarde le encontraremos.

Si el enfermo sucumbe, se le deja, durante dos horas, en su propio lecho; luego se le traslada á la cámara mortuoria, en la cual permanece veinticuatro horas. Un cordon, atado á una de sus manos, corresponde á una campanilla colocada en la sala en donde está día y noche un vigilante. Si el enfermo solo hubiese sido atacado de un letargo, se podrá de este modo advertir al punto, al menor movimiento que haga al recobrar los sentidos. Todas las tardes, despues del «Ave María», se reúne una piadosa asociacion de legos en el lugar en que se depositan los muertos; les colocan en un carro cubierto, y llevando antorchas en la mano, les conducen al cementerio de Janículo. Nada es tan tierno como aquel cortejo fúnebre de aquellos

1 *Cons:anzi*, p. 64-65.

caritativos hermanos que vienen algunas veces de los cuarteles más lejanos de la ciudad, á pesar de las lluvias ó del frio del invierno. Cuando no hay muertos que sepultar, lo que sucede con frecuencia, van tambien al cementerio á rezar oraciones sobre sus sepulcros. Si el enfermo sana, veremos más tarde lo que sucede con él.

Para mantener el espíritu de caridad que produce los maravillosos efectos que acabamos de ver, se pone gran cuidado en el numeroso personal empleado en el hospital. Al acercarse las principales fiestas, toda la familia («numerossissima famiglia»), reunida en la capilla, recibe allí instrucciones para disponerse á la frecuencia de sacramentos y á la solemnidad. Durante la cuaresma, todos hacen un retiro preparatorio á la comunión 1 pascual. ¡Oh! Roma, á quien se os acusa de que no haceis nada, hé ahí lo que haceis; lo que haceis desde hace siglos, sin ostentacion y sin ruido! Tal es el respeto que profesais á los miembros de Jesucristo, que sufren; tal la caridad maternal con que rodeais sus lechos de dolor. Entre todas las ciudades del mundo cristiano, ¿hay muchas de ellas, hay una sola que pueda gloriarse de exceder ó igualar á su madre?

### 30 DE ENERO.

Caridad romana con el recién nacido y con el huérfano.—Hospital de San Roque *in Ripetta*.—Santa María *in Aquiro*.—Los hijos del Letrado.

La belleza del cielo, las impresiones de la víspera, los comentarios de por la tarde sobre nuestra visita al Espíritu Santo, todo nos convidaba á continuar nuestro viaje, siguiendo los pasos de la caridad romana. Ayer nos habíamos quedado en los umbrales de la vida, cerca de la cuna del

1 *Constanzi*, p. 65.

niño arrancado por ella á los horrores de una muerte prematura. Solo por excepcion, y para no volver más á él, habíamos visitado el hotel del Espíritu Santo, esa vasta hospedería de todas las enfermedades humanas. Hoy volvimos á emprender nuestra peregrinacion en el punto en que la habíamos dejado. Salvar al niño y cubrir el honor de su culpable madre, tal es, segun habíamos dicho, el primer beneficio de la caridad romana. Cómo se salva el niño, ya lo sabemos; nos falta ver por qué medio se protege la reputacion de la mujer.

M. de Gerando, en sus «Teorías» de beneficencia pública, escribia: «La casa de maternidad estará situada en un lugar aislado; las personas que sean allí admitidas serán libres para declarar ó no su nombre ni su domicilio; el registro de las declaraciones será llevado en todo caso en secreto; los empleados y los servidores del establecimiento están en deber de respetar este secreto; no se admitirán personas extrañas en las salas.....» 1 Estas precauciones delicadas que la filantropía inventaba entre nosotros para salvar el honor de las familias, y sobre todo para evitar el infanticidio, Roma las había tomado desde largo tiempo ántes. Nosotros las encontramos dulcificadas por la caridad en el «Hospicio de San Roque.» Siguiendo la orilla del Tiber, llamada «Ripetta,» llegamos bien pronto á este nuevo monumento de la caridad. En los años de jubileo, Roma ve siempre nacer alguna bella obra de piedad. En 1500 la cofradía de San Roque dedicó una iglesia á su santo protector y un hospital de cincuenta lechos para toda clase de enfermos pobres. En 1770, un breve de Clemente IV mandó que allí se recibieran solo mujeres encinta, como sucede hoy.

1 T. IV, p. 375.

Ningun local podrá convenir mejor á semejante destino. La puerta de salida no da al camino público, sino á un vestíbulo que tiene dos salidas, una de las cuales da á una pequeña plaza deshabitada á donde concurren muchas calles desiertas. Todas las mujeres próximas al parto no tienen más que presentarse á la priora para ser recibidas y mantenidas á expensas del hospicio durante el embarazo y ocho dias despues del parto. No se las pregunta ni su nombre ni su condicion, ni ninguna seña que pudiera descubrirlas. La caridad romana va más léjos; las autoriza para echarse un velo en el rostro y que no sean conocidas así por nadie. Si alguna de ellas muere, no se inscribe su nombre en el registro, y solo se distinguen unas de otras por números ordinales. Las mujeres cuyo estado no podia dejar de conocerse sin revelar culpabilidad, son admitidas mucho tiempo ántes del parto; y así se salva el honor de las familias y se evitan los infanticidios. Como si no bastaran tantas precauciones, el hospital está, además, exento de toda jurisdiccion criminal y eclesiástica; la entrada á él está prohibida, no solo á los hombres, sino también á las mujeres, sean ó no parientes, y cualesquiera que sea su rango. El médico, el cirujano, el capellan, las matronas y las criadas son las únicas que tienen entrada. Por este medio las «deposite», las depositadas que lo habitan, están seguras de no ser atormentadas, y de no recibir ninguna visita indiscreta durante su permanencia allí.

Apénas nacen los niños, son llevados con gran cuidado al hospicio del Espíritu Santo; las madres que tienen intencion de recobrarlos les ponen una seña cualquiera para reconocerlos. Esta precaucion es necesaria, porque en caso de nacimiento ilegítimo ó de extrema pobreza, no seria posible confiar aquellos niños á sus res-

pectivas madres; y más bien que hacer preguntas á las mujeres enfermas y romper con ellas el velo del secreto, alma de este establecimiento, se ha adoptado una regla general, útil á las mujeres, que de otro modo no podrian, sin gran vergüenza, tener cerca de sí á sus hijos, mientras se dejaba á otros la facilidad de recobrarlos á su salida de San Roque.

El hospital se compone de una vasta sala y de otras más pequeñas, recientemente edificadas. Una de ellas está destinada á los partos y á las operaciones. El número de camas es veinte, y puede aumentarse en caso necesario; cada lecho tiene sus cortinas y un cancel que lo separa de los demas.

La ciudad que hubiera tomado todas estas precauciones para salvar el honor de la mujer culpable, creeria sin duda haber cumplido con la justicia. Roma juzga de otro modo; tantos finos cuidados apénas le parecen la mitad de su tarea; prevenir la vuelta al mal, curando el corazon, que es su principio, es el gran objeto de su caridad. Y hé ahí que todas aquellas Magdalenas quedan sometidas dulcemente á un reglamento de vida calculado de modo que las haga huir de sus errores. Todos los dias asisten al santo sacrificio de la Misa, reciben instrucciones religiosas de la priora y del capellan, hacen diferentes ejercicios de piedad, se purifican en el sacramento de la Penitencia, y si su estado se los permite, se fortifican bebiendo la sangre divina que hace germinar la divinidad ó extingue la fiebre ardiente de las pasiones.

¿Creeríase que hay hombres á quienes ha escandalizado semejante refugio? Los filántropos materialistas lo han vituperado vivamente, como culpable á sus ojos, «de excitar á matrimonios imprudentes, de detener el efecto de la represion moral y de secundar el acrecimiento desmesurado

de la poblacion, etc.» Nos contentaremos con responderles con un economista cristiano: «La ciudad no puede jamás sacrificar á eventualidades lejanas el consuelo de una necesidad inmediata y urgente, tal como la conservacion de una madre y de su hijo recién nacido. Un exceso de poblacion es sin duda una gran desgracia para la sociedad; pero la negativa del socorro en una circunstancia semejante seria una grave infraccion de las leyes, de la religion y de la caridad cristianas; entre estos dos extremos no es posible vacilar. La ley de humanidad está sobre la ley económica.»<sup>1</sup>

Acabálanos de ver cómo la caridad romana salva la vida del niño recién nacido y el honor de su madre; esta era la primera estacion de la peregrinacion: la segunda fué también cerca de una cuna. El niño abandonado es el único desgraciado. ¡Cuántos otros huérfanos de poca edad, ó que nacen de padres pobres, quedan sin apoyo, sin pan, sin abrigo, desde su entrada en la vida! Roma los adopta á todos, y en esta adopcion la madre de los pueblos muestra una ternura y una inteligencia mil veces más interesante de conocer que todos sus monumentos antiguos ó sus obras maestras modernas. Los huérfanos están divididos en muchas categorías, segun su aptitud. Unos se aplicarán á las ciencias, otros cultivarán las artes, aquellos aprenderán oficios. Más de una vez la chispa del génio brilló bajo los harapos de la miseria. Si pues su joven pupilo anuncia felices disposiciones para el estudio, Roma le envía al hospicio de Santa María «in Aquiro», á donde nos dirimos con él. Este asilo para los huérfanos fué establecido en 1540, á instancias de San Ignacio de Loyola. En 1591, el caritativo cardenal Salviati renovó sus habi-

<sup>1</sup> M. de Villeneuve-Bargem, *del Pauperismo*, III, p. 34.

taciones y fundó un colegio que lleva su nombre. El habia observado que entre los pobres niños destinados á las artes y á los oficios, habia algunos á quienes la naturaleza habia dotado con talentos y aptitud para los trabajos literarios; quiso, pues, que de su asilo pasasen al colegio, con tal que tuviesen doce años y hubiesen vivido tres años, por lo ménos, en su primer asilo. El papa Leon XII confió la direccion de ellos á los padres «Somasques», y no pudo encargarla á manos más hábiles. Las condiciones exigidas para ser admitido, son: ser Romano, carecer, cuando ménos, de padre, tener la edad de más de siete años y ménos de diez. A los diez y ocho años cumplidos salen los niños del colegio; hoy hay cincuenta. Queda uno encantado de ver aquellos rostros frescos y encendidos, dibujarse en la sotana blanca, uniforme preciso de la casa, y de observar la viva alegría que reina entre todos aquellos niños condenados á no conocer más que el dolor. Encontrais al entrar, una hermosa pieza adornada con inscripciones y retratos de los bienhechores. En aquella misma sala es permitido, una vez por semana, á las madres el ir á ver á sus hijos, con el fin de conservar los lazos del amor filial y paternal.

Parecerá tal vez á algunas personas que el objeto á que aspiran aquellos huérfanos es demasiado elevado, que su educacion y su mantenimiento son exagerados, tratándose de jóvenes que se presume que son pobres; pero es necesario considerar que, en una vasta ciudad, tal como Roma, hay frecuentemente niños que pierden á su padre, quien con los trabajos honrosos de alguna profesion sostenia convenientemente á su familia. Estos pobres niños, educados en costumbres delicadas y entregados ya á los estudios, encuentran desde luego en la casa de Santa María un asilo muy en armonía con su suerte. Como las

posiciones sociales son diferentes, es digno de una inteligente caridad ofrecer al desgraciado abrigos diferentes y medios variados de existencia. 1 Mañana seguiremos el camino de Roma en el cumplimiento de esta tarea maternal.

### 31 DE ENERO.

Bautismo de M. Ratisbonne.—Continuacion de la visita de Roma cristiana.—Caridad romana con el huérfano.—Hospicio apostólico de San Miguel.—Su origen.—Sus cuatro familias.—Su organizacion.

Antes de seguir nuestro itinerario, asistimos á una ceremonia, y yo diria de buena voluntad, á un acontecimiento, cuyo recuerdo no se borrará jamás de nuestra memoria. M. Ratisbonne debia recibir hoy el bautismo. Diez días solamente habian pasado desde su conversion, pero el milagroso neófito «todo lo habia comprendido,» y el ilustre cardenal Mezzofanti, encardo del exámen de los catecúmenos, no podia menos que admirar la abundancia de luces que el Dios de las misericordias habia difundido de un modo repentino en aquella alma privilegiada. A las ocho estábamos en el «Jesus.» Ya la iglesia estaba llena de una inmensa multitud piadosa, ávida de contemplar al jóven Israelita, á quien María habia conducido con su mano llena de gracias al pié de la cruz; la sociedad francesa ocupaba el primer lugar, y una piedad simpática dominaba toda la asamblea. M. Ratisbonne, acompañado del padre de Villefort y de M. de Bussiéres su padrino, estaba en la parte baja de la iglesia, y segun antigua costumbre, llevaba el vestido blanco de los catecúmenos.

Muy pronto el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad, revestido con sus ornamentos pontificales, bajó de la capilla de

1 Morich, p. 101.

San Ignacio y se puso frente del neófito á comenzar las oraciones y las ceremonias de costumbre; nosotros le fuimos siguiendo. Acabaron los exorcismos y las unciones misteriosas que preparan al hombre en la iniciacion cristiana, y de repente se pidió al Israelita una prueba inesperada. En otro tiempo habia él blasfemado, como Saúl, del nombre de Jesus de Nazareth y de su doctrina; era justo que expiase esta falta con un acto público de arrepentimiento y de humildad. «Besad la tierra,» le dijo el cardenal; y al punto, sin turbarse y sin vacilacion, besa la tierra! probando de este modo á la multitud que lo contempla, que él es verdaderamente cristiano, puesto que su juventud ha adivinado ya que la humildad es la única puerta que conduce á la verdad y á la salvacion. Elocuente leccion para todos los que olvidamos con demasiada frecuencia que Jesus nuestro maestro era manso y humilde de corazón 1.

Ya no más dudas; el espíritu del Salvador está con el neófito y el cardenal lleva como en triunfo, á la capilla de San Ignacio, aquella oveja querida que acaba de arrancar á Satanás. ¿Cómo decirnos todos los diversos sentimientos que agitaban entonces á la asamblea? ¿Qué espectáculo! M. de Bussiéres, protestante convertido, llevando á un judío al seno de la Iglesia católica! ¡y qué judío! un jóven Francés de veintiocho años, en toda la plenitud de su fuerza, de su razon y de su independencia; ayer todavía impío, insultador, blasfemo, y hoy dulce como un cordero, que se deja hacer todo lo que se quiere. Su rostro, notable por una feliz mezcla de firmeza y de dulzura, su larga barba negra, su andar, su traje, todo en él hacia llevar el pensamiento á los tiempos de la primitiva Iglesia; hubiérase podido decir que era uno de aquellos cristianos de las

1 *L'Enfant de Marie*, «El hijo de María,» por M. de Bussiéres, p. 59.

catacumbas que esperaban el martirio 1. Hé ahí lo que vimos. ¡Y que nuestros jóvenes compañeros no hayan podido gozar del mismo espectáculo! Cuando el pontífice preguntó al catacúmeno: «¿Cuál es vuestro nombre?»—«María,» respondió él con un trasporte de reconocimiento y de amor que nos hizo estremecer. La recepcion del bautismo y de la confirmacion fué seguida de una acalorada improvisacion del Señor abate Dupanloup, y luego comenzó el Santo Sacrificio. En el momento solemne de la comunión, se consideró Ratisbonne de tal modo anonadado, que fué necesario sostenerle para llevarle á la mesa santa; y no pudo levantarse de nuevo, sino ayudado por M. Bussiéres, despues de haber recibido el pan de los ángeles. Un torrente de lágrimas inundaba su rostro y ya sucumbia al peso de la emocion!

¡Oh! con qué entusiasmo cantó toda la asamblea el «Te Deum,» que repitieron los ángeles en el cielo en inefables trasportes; porque está escrito: «Que hay más alegría en la santa Jerusalem por la conversion de un solo pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos.» Dichosos por la felicidad de la Iglesia y dichosos por la felicidad de nuestro hermano, volvimos nosotros á emprender la visita de Roma cristiana.

Si el huérfano da á conocer gusto y aptitud por las artes liberales, el gran hospicio de San Miguel le presenta todos los medios de emprender y adquirir una noble carrera. Atravesando rápidamente la ciudad y el Tiber, llegamos á buena hora á «Rippa grande,» en donde se encuentra el nuevo teatro de la caridad romana. Antes de entrar en él, es agradable conocer su origen. Se verá que las obras de Dios, tienen casi siempre débiles principios; el celo muchas veces desalentado puede en-

1 «El hijo de María» por M. de Bussiéres, p. 19.

contrar en esta observacion un estímulo y un consuelo.

En el siglo décimosexto vivia en Roma un piadoso cristiano llamado Juan Leonardo Ceruso. Movido de compasion hacia los pobres niños abandonados, cuyo número era considerable en el riguroso invierno de 1581, les recogió en una miserable casa de la calle de los Banqueros, cerca del palacio Chigi. Este hombre habia enseñado en otro tiempo la gramática, y como frecuentemente pronunciaba algunas palabras latinas, le habian puesto por chanza, el «Letrado,» nombre que se dió á sus niños y que conservan todavía. Ocupaba á sus discípulos en limpiar las calles, mediante una pequeña retribucion de los mercaderes. El mismo iba por la ciudad con una casaca azul hasta media pierna, un grueso rosario en el cuello, la cabeza y los piés desnudos, con un aire tan modesto que San Camilo de Lellis le llamaba el «Predicador mudo.» Despues de su muerte, su pequeño establecimiento fué incorporado al hospicio de San Miguel. Este nuevo asilo debió su origen á Tomás Odelcaschi, sobrino del Papa Inocencio XI. Yendo un dia por Santa Galla, en donde su pariente Marco Antonio alojaba á los pobres durante la noche, se apercibió de que allí se admitian muchas veces á jóvenes, fugitivos en su mayor parte de la casa paterna, y de los cuales nadie cuidaba. Pensó que aquellos jóvenes estaban mal colocados en dormitorios comunes y les reunió en una casa de la plaza Margana, en donde les ocupó en trabajar lana. Eran entonces cosa de treinta, y muy pronto subieron á sesenta. Monseñor Odelcaschi se dedicó de tal modo á aquellos pobres niños, que les compró en 1686, en la gran ribera del Tiber, un hermoso terreno en el cual mandó levantar un hospicio.

Gracias al celo inteligente y siempre sostenido de los soberanos Pontífices, á quie-